

La democracia posberlangua: la idea de posdemocracia de Colin Crouch a través de *Atilano, presidente* (1998)

GARIKOITZ GÓMEZ ALFARO

Universitat de València

Fecha de recepción: 7 de mayo de 2012

Fecha de aceptación: 18 de noviembre de 2012

Fecha de publicación: 1 de marzo de 2013

Resumen: Este trabajo parte de la crítica de la democracia formal que se deriva de la crisis estructural de la representación en los sistemas democráticos actuales. Realizando una lectura del cine español de finales de 1990 se pretende, siguiendo a Colin Crouch, rastrear los síntomas del malestar democrático contemporáneo. Se aborda tanto la crítica de la democracia formal como la colonización de lo público por parte de los sectores privados como consecuencia del consenso neoliberal de la última mitad del siglo XX. Se procura aunar el análisis político con el estudio de la industria cultural española, ofreciendo algunas claves para estudiar el potencial que el cine tiene para la denuncia social, sirviéndome para ello del largometraje *Atilano, presidente* (1998).

Palabras clave: democracia, cine, política, desafección.

Abstract: This paper begins with the critique of the limits of formal democracy, which stems from the approaches of the structural representation crisis within western democratic systems. Following Colin Crouch, this paper discusses how Spanish cinema in late 1990 tracks the symptoms of modern democratic malaise. It addresses both the critique of formal democracy and the colonization of the common by the private sector as a result of the last half century's neoliberal consensus. It is intended to combine political analysis with the study of Spanish culture industry, offering some keys to study cinema's capacity to foster social criticism, which I'll try to illustrate using *Atilano, presidente* (1998).

Keywords: democracy, cinema, politics, disaffection.

“Me gustas democracia porque estás como ausente con tu disfraz parlamentario, con tus listas cerradas, tu rey tan prominente (...)”

Javier Krahe¹

1. Introducción

La paradoja de la posdemocracia es tan inquietante como sencilla de formular: mientras que el número de regímenes democráticos se ha multiplicado sustancialmente desde la II Guerra Mundial², su legitimidad está en entredicho por, entre otras cosas, la baja participación electoral o la colonización de lo común por el sector privado. El caso español puede servir de ejemplo si aceptamos, como defiende Huntington, que nuestro país se sitúa dentro de la tercera *oleada democrática* que tuvo lugar entre 1974 y 1990³. La contribución patria al sonado fin de la Historia se produce, no obstante, a través de una *rupforma* repleta de ambigüedades que dejaba atrás la dictadura franquista desde la titubeante vía pactada. Años más tarde, el derrumbe de la hilera de fichas de dominó que conformaba el bloque soviético permitió al politólogo Francis Fukuyama levantar el brazo del boxeador de calzas azules situado a la derecha del ring: la democracia liberal y la economía de mercado saludaban a un público embelesado⁴. Este triunfo aparente permitía a los Estados Unidos sentar cátedra. En efecto, el ejemplo del *mundo libre* parecía la única fórmula para el éxito económico y la libertad política⁵. Sin embargo, se preguntaban algunos, ¿era esta democracia tan robusta como parecía?

Un año después del ensayo de Fukuyama, Jean-Marie Guéhenno formulaba la siguiente cuestión: ¿Sobrevivirá la democracia en el año 2000? En esencia, el diplomático francés argumentaba que la disolución de los Estados-Nación en un contexto global conllevaría el final de las garantías democráticas⁶. Su escepticismo no era novedoso. Estaba conectado con la tradición pesimista de la escuela crítica de Frankfurt que, entre

¹ Krahe, Javier, *Toser y Cantar* (CD), Madrid, 18 chulos, 2010.

² Las fuentes varían según la descripción –nunca aséptica– de *régimen democrático*. Todas las fuentes consultadas convenían en que el número de países había aumentado. Dos ejemplos: según la ONG (muy) estadounidense *Freedom House*, los *países libres* fueron 60 en el año 1988, mientras que en 2008 había 89, *vid.* «<http://www.freedomhouse.org/report/countries-crossroads-2011/essay-freedom-world-2009-setbacks-and-resilience>» [consultado el 1 de marzo de 2012]. *The Economist* es más duro con sus resultados: para el año 2010 solo admite como *democracias completas* (26) y *democracias deterioradas* (53), es decir, un total de 79 (el 49,5% del total de países). “Democracy index 2010. Democracy in retreat”. Disponible en «http://graphics.eiu.com/PDF/Democracy_Index_2010_web.pdf» [consultado el 21 de junio de 2011].

³ Huntington, Samuel P., *La tercera ola. La democratización a finales del siglo XX*, Barcelona, Paidós, 1994.

⁴ Las referencias a Fukuyama aparecen aquí a raíz de la lectura del artículo del profesor Wiewiorka, Michel, “El futuro de la democracia” en *La Vanguardia*, 12 de septiembre de 2010. Disponible en «<http://hemeroteca-paginas.lavanguardia.com/LVE05/PUB/2010/09/12/LVG201009120291LB.pdf>» [Consultado el 1 de marzo de 2012]. Para profundizar en sus tesis del autor de origen nipón *vid.* Fukuyama, Francis, *El fin de la historia y el último hombre*, Barcelona, Planeta, 1992.

⁵ Jáuregui, Gurutz, *La democracia planetaria*, Oviedo, Ediciones Nobel, 2000, pp. 45-48.

⁶ Guéhenno, Jean, *El fin de la democracia. La crisis política y las nuevas reglas del juego*, Barcelona, Paidós, 1995, pp. 35-49.

otros aspectos, venía denunciando la necesidad de acometer reformas en los sistemas liberales⁷. Es en estas coordenadas donde se inserta el trabajo de Colin Crouch, *Post-Democracy*, un diagnóstico nada risueño sobre la salud de las democracias liberales⁸. En ella, el sociólogo británico justifica su dictamen denunciando el distanciamiento de un modelo ideal denominado *momento democrático*. Desde su punto de vista, la democracia es víctima de una globalización en la que la organización de los intereses colectivos queda obstaculizada por el despliegue de la esfera de unos intereses económicos que trascienden el marco de actuación política del Estado. En este contexto, mientras que el marco formal de la democracia se mantiene, la ciudadanía pierde gran parte de su autonomía real. En el paisaje político esbozado por Crouch la desafección política cunde entre una población que da remachadas muestras de languidez política.

Si bien su estudio tiene vocación generalista, sus ejemplos suelen centrarse en los países anglosajones. Así pues, me pregunto: ¿es posible aplicar el esquema de Colin Crouch a la democracia española? En esta dirección apuntaba el político catalán Albert Alay cuando describía a la monarquía parlamentaria española como una *democracia coja*, con una separación de poderes insuficiente y una élite política que requiere una profunda reforma moral⁹. Este hipotético desencanto de la democracia española, que podría ser interpretado como el corolario de una transición incompleta, puede comprenderse además desde el agotamiento del paradigma liberal de politólogos que, como Huntington, asumen que la consolidación de las elecciones libres supone el síntoma definitivo de una salud democrática de hierro¹⁰. Pese a estar inmersa en el tedio, la ciudadanía española puede –según Huntington– al fin presumir de ser *completamente* democrática. Así pues, parece que la desafección política no está reñida con la legitimidad, ya que pese a la decepción ante la incapacidad de la democracia formal para responder ante ciertas demandas de la ciudadanía, esta se considera generalmente como el mejor régimen posible¹¹. En consecuencia, ¿es factible aplicar la teoría de la parábola de la democracia de Colin Crouch a la trayectoria descrita por la política española? Considero muy probable que así sea.

Este ensayo tiene la voluntad de ser una pequeña provocación. Por otro lado, aspira a servir de introducción general al problema del enquistamiento de las instituciones democráticas sirviéndose para ello de un lenguaje pedagógico y ameno¹². Tal aspiración,

⁷ Entre muchos otros, Habermas ya había criticado en la década de los setenta la lógica engañosa de un capitalismo burocrático cuya racionalidad instrumental comenzaba a dar síntomas de agotamiento, proponiendo en su lugar una democracia deliberativa. *Vid.* Habermas, Jürgen, *Teoría de la acción comunicativa*, Madrid, Trotta, 2010.

⁸ En España, el libro de Crouch se publicó al año siguiente. Crouch, Colin, *Posdemocracia*, Madrid, Taurus, 2004.

⁹ Alay, Albert, *La democracia coixa*, Barcelona, Editorial Pòrtic, 1995.

¹⁰ Huntington, *La tercera ola... op. cit.*, pp. 230-231.

¹¹ Montero Gibert, José Ramón et al., “Actitudes hacia la democracia en España: legitimidad, descontento y desafección” en *Reis: Revista española de investigaciones sociológicas*, 83 (1998), pp. 9-49. Disponible en <<http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=757677>> [Consultado el 16 de enero de 2011].

¹² De ahí la elección del trabajo de Crouch, un autor más llano y accesible que brillante u original.

no obstante, no debería de justificar la ingenuidad. Pérez-Díaz ha advertido sobre la facilidad con la que la Academia produce nuevos -ismos que se apresuran a dibujar líneas imaginarias, límites y etiquetas¹³. Con todo, una provocación no es, desde luego, un ejercicio de prudencia. De ahí que haya buscado un terreno algo más flexible e imaginativo –quizás también más ambiguo– para mi trabajo: el cine. De acuerdo, la pantalla ha dejado de ser *tierra virgen* para la Academia, pero no por ello ha dejado de ser un terreno fértil¹⁴. En mi afán por distanciarme de la dialéctica entre textos canónicos, he escogido una película española para ilustrar las tesis de Crouch: *Atilano, presidente* (Santiago Aguilar y Luis Guridi, 1998)¹⁵. Esta sátira política refleja unas elecciones desde la perspectiva de un heterodoxo candidato que realiza un descenso dantesco hacia las profundidades de la sima posdemocrática. Ya Marc Ferró señaló que la imagen cinematográfica, muchas veces sin proponérselo, revela aspectos desconocidos de las sociedades que la produce. En efecto, aquí me interesa más aplicar una discusión teórica en un marco de significados común –el cine– para mantener un mínimo nexo referencial con el espacio público¹⁶.

2. Posdemocracia

El británico Colin Crouch es uno de los nombres más repetidos en el extenso debate sobre la crisis del sistema democrático contemporáneo¹⁷. Probablemente, el planteamiento de su *Posdemocracia* destaca más por su concisión que por su profundidad, más por su claridad que no por su sofisticación. Crouch ofrece una más que solvente introducción desde una perspectiva que se sitúa a la izquierda –pero no demasiado lejos¹⁸– de la tercera

¹³ Pérez-Díaz, Víctor, *El malestar de la democracia*, Barcelona, Crítica, 2008, pp. 10-11.

¹⁴ Doy por sentado que el cine queda legitimado como ámbito de discusión académico. La bibliografía que iniciara Marc Ferro en los setenta hoy en día es inabarcable. Por dar algunos nombres: Sand, Schlomo, *El Siglo XX en pantalla*, Barcelona, Crítica, 2004; Camarero, Gloria (ed.), *La mirada que habla: cine e ideologías*, Madrid, Akal, 2002; Zimmer, Christian, *Cine y política*, Salamanca, Sígueme, 1975; y, sobre todo, Rosenstone, Robert A., *El pasado en imágenes: El desafío del cine a nuestra idea de la historia*, Barcelona, Ariel, 1997.

¹⁵ Que la película sea prácticamente desconocida no responde a ninguna intención por mi parte. Berlanga queda lejos, lamentablemente; el cine español no es dado a cultivar ese género tan estadounidense conocido como *thriller político*.

¹⁶ En estas líneas estoy siguiendo la introducción de Henry A. Giroux en su libro *Cine y entretenimiento. Elementos para una crítica política del filme*, Barcelona, Paidós, 2003, pp. 13-29. Por otro lado, quizás sea conveniente apuntar que al emplear una película española no pretendo *demonstrar* que la teoría de Colin Crouch sea aplicable al Estado español, tampoco que su análisis histórico, social y político sea *verdadero*; simplemente defenderé su utilidad para discernir algunos de las taras de nuestro sistema democrático.

¹⁷ Un autor de corte liberal como Ralf Dahrendorf se ha hecho eco del planteamiento de *Posdemocracia* de forma paradójica. Mientras que la tilda de “panfleto”, reconoce luego que Crouch ilustra “quizá mejor que muchos otros, las transformaciones que se están produciendo (...)”. Dahrendorf, Ralf, *Después de la democracia. Entrevista de Antonio Polito*, Barcelona, Crítica, 2002. Hay que tener en cuenta que Dahrendorf se refería a una versión anterior del trabajo de Crouch, publicado originalmente como artículo en “Coping with Post-democracy”, *Fabian Ideas*, 598 (2000).

¹⁸ Se puede decir que Crouch no va más allá de un liberalismo clásico que respete y refuerce la esfera de lo público. No critica el modelo capitalista, ni el desvanecimiento de lo común como consecuencia de la privatización; solo pretende mantener su influencia fuera de un estado de bienestar. Antes bien, a lo largo

vía de Giddens. A continuación elaboraré un breve resumen de los contenidos de su ensayo para mostrar el mapa teórico que dispongo para el análisis de los filmes.

En primer lugar hemos de tener en cuenta la definición que Crouch da del propio concepto que nos ocupa; desde su punto de vista el término *posdemocracia* es útil para describir las “situaciones en las que el aburrimiento, la frustración y la desilusión han logrado arraigar tras un momento democrático, y los poderosos intereses de una minoría cuentan mucho más que los del conjunto de las personas” en la oferta de política. Además, continúa Crouch, sirve para “otras situaciones en las que las élites políticas han aprendido a sortear y a manipular las demandas populares y las personas deben ser persuadidas para votar mediante campañas publicitarias”¹⁹. Crouch es consciente de que las categorías cerradas de *democracia* y *no democracia* son demasiado rígidas para describir situaciones limítrofes y cambios internos. Por tanto, opta por definir una trayectoria que puede conducirse hacia varias direcciones. Desde un origen semimítico, el *momento democrático*, que Crouch sitúa en algún punto de entreguerras y posguerra²⁰, el autor propone tres tiempos ideales: predemocrático, democrático y posdemocrático. Su finalidad es servir como puntos de referencia para indicar nuestra situación respecto a un ideal. En vez de optar por una mecánica gradual evolutiva, Crouch emplea una dialéctica flexible; esto es, más que para una definición de la actualidad, el concepto de *posdemocracia* nos sirve como descripción de la trayectoria que dibujamos. Para explicar el movimiento de las democracias posmodernas el sociólogo británico diseña una parábola en la que los Estados como España pasan de un momento pre-democrático a un punto democrático, para dirigirse posteriormente hacia el paradigma posdemocrático. No es un retroceso. Crouch no ignora los trabajos de, por ejemplo, North sobre la dependencia de los Estados de su propia trayectoria institucional²¹. Consiguientemente, es más fácil de comprender esta tendencia como la recuperación de algunos aspectos del momento pre-democrático con otros de corte novedoso inspirados por la globalización²².

Como ya he señalado, el momento democrático estaría apuntando hacia el periodo de entreguerras. La ética sobre el servicio público, el auge del capitalismo industrial (que no competía con el Estado en materia de servicios) y el papel activo de los trabajadores de cuello azul a través de los sindicatos, son para Crouch algunos de los elementos que facilitaron un desarrollo más pleno de la democracia. En la posguerra se registró una participación más templada, pero el autor insiste en que el triunfo de las políticas keynesianas redistributivas habría compensado, al menos en un primer momento, el auge

del libro resuenan las simpatías hacia el modelo keynesiano. Así pues, las limitaciones de su análisis son predecibles; en *Posdemocracia* no hay hostilidad alguna hacia el “comportamiento capitalista, sino un reconocimiento de sus límites apropiados y de la ética y el código de conducta específicos de los servidores públicos”. Crouch, Colin, *Posdemocracia*, *op. cit.*, p. 135.

¹⁹ *Ibidem*, p. 35.

²⁰ *Ibidem*, pp. 15-24.

²¹ North, Douglas Cecil, *Instituciones, cambio institucional y desempeño económico*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

²² Crouch, Colin, *Posdemocracia*, *op. cit.*, p. 169.

de un discurso conservador como respuesta a la tensión respecto a Moscú. Este equilibrio duró poco; la crisis del Estado de Bienestar a raíz de la transformación del capitalismo industrial en capitalismo financiero y de servicios habría dinamitado las bases de un sistema desbordado en sus competencias²³. Hasta aquí nada nuevo, desde luego, por lo que resulta imprescindible abordar los factores de este viraje más detenidamente. Podemos extraer al menos tres aspectos clave a lo largo y ancho de este proceso: el principal es el auge del modelo de la empresa transnacional como institución ante el Estado-Nación, del cual se derivan los otros dos; a saber, la comercialización de servicios públicos y las estrategias de marketing de los nuevos partidos políticos²⁴. Antes de confrontar este esquema con el contexto español actual me detendré brevemente en aquellas tres cuestiones.

En efecto, el colapso del paradigma keynesiano en la década de 1970 trajo consigo una avalancha de críticas por parte de unas empresas que comenzaban a presionar para competir con el Estado en áreas antes circunscritas al dominio de este. Un sector privado en la encrucijada entre Estado y trabajadores demostraba poder ganar algunos pulsos al materializar algunas de sus exigencias, como por ejemplo, en el caso británico, la llamada *cartera a la baja* en la legislación laboral²⁵. La globalización reforzó la competencia creando un caldo de cultivo ideal para el darwinismo económico. Como apunta David Harvey, el consenso neoliberal se atrincheró tras los ideales políticos de *dignidad y libertad*, valores estos aparentemente incompatibles con una intervención estatal que amenazaría la libertad de elección de los individuos²⁶. Paralelamente, la empresa daba el gran salto desvinculándose de los Estados, factor que expuso todavía más la soberanía de los pueblos a la inestabilidad y la fluctuación de los mercados²⁷.

Aún así, la cultura de la empresa independiente, flexible y dinámica, se antoja para muchos como la solución perfecta para dar solución a los problemas que puedan surgir de la globalización. Crouch se basa en Naomi Klein para comparar los regímenes democráticos posmodernizados con una empresa que, esforzada en mantener su imagen de marca, exterioriza el resto del proceso productivo para minimizar gastos y aumentar la rentabilidad. Consecuentemente, la política se asemeja cada vez más a un producto cuyo éxito depende de la publicidad (estableciendo así un diálogo no racional que impide el debate o la respuesta). En este contexto el sociólogo británico entiende que los límites entre Estado y empresa comienzan a difuminarse con la aparición de la privatización y subcontratación de servicios públicos, un fenómeno que denomina *la mercantilización del*

²³ Sobre la transformación del capitalismo hacia la abstracción financiera, *vid.* Lapavistas, Costas, *El capitalismo financiarizado: Expansión y crisis*, Madrid, Maia Ediciones, 2009.

²⁴ Cabe señalar que en su trabajo Crouch menciona también otros factores de gran relevancia como los movimientos y las transformaciones sociales, elementos que por motivos de espacio quedan fuera del presente análisis.

²⁵ Lapavistas, Costas, *El capitalismo...*, *op. cit.*, pp. 56-58.

²⁶ Harvey, David, *Breve historia del neoliberalismo*, Madrid, Akal, 2005, p. 11.

²⁷ Sobre el publicidio neoliberal *vid.* Villasante, Tomás R., *Las democracias participativas. De la participación ciudadana a las alternativas de la sociedad*, Madrid, Hoac, 1995; Jáuregui, Gurutz, *La democracia...* *op. cit.*; Guéhenno, Jean Marie, *El fin de...* *op. cit.*; Alay, Albert, *La democracia coixa...* *op. cit.*

gobierno. Desde este momento, estos bienes son accesibles ya no en tanto que las personas son ciudadanos sino por su capacidad para adquirirlos en el mercado. La igualdad *de iure* se ve afectada, una vez más, por la desigualdad de facto. La colonización de lo público por la empresa rompe con la ética del periodo de mayor sensibilidad democrática en el que ambas esferas, la pública y la privada, estaban bien diferenciadas²⁸. Esto supone –a medio y largo plazo– no solo una relación de dependencia entre el Estado y las empresas que ofrecen tales servicios, sino también un virtual distanciamiento entre ciudadano y servicios. Especial mención requieren dos problemas de esta gestión de lo público desde el modelo empresarial: la distorsión y la residualización. El primero surge a raíz de la aplicación de indicadores económicos para tasar los servicios públicos. La evaluación se presta a veces a estimaciones y distorsiones del valor a largo plazo: tipos de cambio en monedas, eficiencia y costes en servicios públicos (mercados ocultos) y, especialmente, capitalismo financiero²⁹. El segundo problema, la residualización, implica que al haber confusión entre lo público y lo privado, este último procurará centrarse en un segmento del mercado concreto. El ciudadano, por tanto, pasa a ser un *target*; los servicios que no interesan al sector privado quedan así bajo la responsabilidad de un Estado que ofrece servicios de mala calidad a una población de “baja influencia política”³⁰.

La relación entre votantes y partidos, máxime aquellos que alcanzan el Gobierno, también se ha visto terciarizada. Para Crouch, el ideal de partido democrático, aquel que se desarrolla en base a círculos concéntricos que van desde el más grande (el electorado) al más pequeño (los líderes y sus asesores), pasando por todo un sinfín de grados intermedios (activistas, parlamentarios, simpatizantes, etc.) que están en contacto entre sí para fortalecer la interacción, no pasa por su mejor momento. Antes al contrario, la cúpula se reduce y se fortalece, siendo necesarias técnicas de marketing electoral para nuevas alternativas: bien consultar a estos grupos mediante sondeos y encuestas (es decir, fomentando la pasividad) o bien incorporando a nuevos grupos de interés ajenos a la base. En ambos casos, el resultado es la debilidad del punto intermedio de control que conecte la esfera superior con una militancia activa. Las élites políticas configuran el juego electoral

²⁸ Crouch, Colin, *Posdemocracia*, *op. cit.*, p. 72. Los puntos básicos de esta diferencia apuntaban hacia la necesidad de mantener espacios como la educación, la sanidad o la jubilación al margen del mercado. Un ejemplo de la confusión de límites a día de hoy es el popularmente conocido como *proceso de Bolonia*; *vid. Pardo, José Luís, “La descomposición de la Universidad”, en El País, 10 de octubre de 2008. Disponible en <http://elpais.com/diario/2008/11/10/opinion/1226271612_850215.html> [Consultado el 1 de marzo de 2012]. Algunos pilares que sostienen a duras penas esta distinción son el derecho a un juicio justo o el derecho a voto, elementos estos que, por decirlo de algún modo, *no se venden*. Siguiendo el modelo de Crouch, vemos que esto puede ser relativizado a medida que el éxito de un juicio puede depender de la calidad del abogado (calidad que puede ser directamente proporcional a su precio). El cine español puede darnos algún ejemplo en este sentido, siendo sin duda el mejor ejemplo la película-documental *De nens* (2003), en la que se disecciona un juicio real que conmocionó a la sociedad catalana, poniendo de manifiesto la absoluta relevancia que los medios jugaban como agentes distorsionadores. Al respecto, *vid. Romero, Emilio G., Otros abogados y otros juicios en el cine español*, Barcelona, Editorial Laertes, 2006.*

²⁹ Llama la atención la explicación que da Crouch, cargada de ironía: “si un número suficientemente elevado de personas cree que el valor de las acciones es indicativo de algo importante, las acciones se venderán y el valor se habrá justificado a sí mismo”. Crouch, Colin, *Posdemocracia*, *op. cit.*, pp. 123-124.

³⁰ *Ibidem*, p. 125.

mediante campañas masivas en las que encauzan demandas populares con el único fin de atraer votantes. En este escenario, la propaganda electoral es la nueva *ultima ratio regis*. Es precisamente este aislamiento de la élite política lo que ha llevado a Hermet a tildar el Gobierno de la posdemocracia de “gobernanza” populista³¹. A su vez, uno de los últimos trabajos de Ronsavallon se centra también en este mismo punto exigiendo de los partidos una mayor cercanía con el electorado, es decir: horizontalidad³². Hay un último factor clave para la relación entre grupos de intereses económicos y el Estado: si el electorado de base, como hemos visto, va teniendo cada vez menos importancia, entonces –se pregunta Crouch– ¿quién financia las campañas electorales? La respuesta es obvia. Se entiende, por tanto, que la penetración de la inversión privada en lo público se produce no sin obtener *algo más* a cambio. Ese algo, concluye Crouch, es la influencia sobre la agenda política.

Como vemos, la estructura formal se mantiene, pero “es difícil concederle la dignidad de democracia, a tenor del gran número de ciudadanos que han sido reducidos en él al papel de participantes ocasionales, manipulados y pasivos”³³. La consecuencia que de esta interpretación se desprende es la siguiente: no hay democracia que no esté *afectada* por el capitalismo salvaje, la globalización y la falta de regulación al mercado de divisas. Este desequilibrio es una tendencia que, si bien es difícil de frenar, según Crouch puede atajarse a través de tres iniciativas: políticas de control sobre la influencia de los intereses empresariales; la reforma del ejercicio de la propia política; y, por último, la aprobación de medidas que permitan a los ciudadanos interesados intervenir y participar en el propio proceso³⁴.

Finalmente, creo conveniente rescatar un último aspecto que será útil para el análisis de los largometrajes. Desde el punto de vista del autor de *Posdemocracia*, es necesaria una estructura política más flexible que los actuales partidos para manejar la política. Los movimientos sociales organizados desde fuera de la vida parlamentaria han de combinarse con la renovación de la política de partidos al uso. De lo contrario, estarían imitando las prácticas de los lobbies económicos pero desde una perspectiva mucho más débil. Al fin y al cabo, dice Crouch, aunque el activismo es una postura sólida, no es un modelo que se pueda globalizar con la misma facilidad³⁵. Sin duda, hay que volver a la democracia por la vía de la democracia radical, fundamentalista si hace falta. El apoyo

³¹ Hermet, Guy, *El invierno de la democracia*, Barcelona, Los libros del lince, 2008.

³² Rosanvallon, Pierre, *La legitimidad democrática. Imparcialidad, reflexividad y proximidad*, Barcelona, Paidós, 2010.

³³ Crouch, Colin, *Posdemocracia*, *op. cit.*, p. 38.

³⁴ Pero el ejemplo más radical es la propuesta de la asamblea de ciudadanos (mezcla del sistema de democracia directa suizo, los tribunales populares anglosajones). Ciudadanos al azar examinarían propuestas legislativas de grupos parlamentarios y podrían decidir si se transforman en leyes o no.

³⁵ Me gustaría pensar que se están produciendo avances en este aspecto. El activismo cibernético goza de una salud en los últimos años que probablemente tenga consecuencias en la política ortodoxa. En España ya hay ejemplos de ello: El Partido de Internet y el Partido Wiki, que promueven la democracia directa. Esto, sin olvidar los innumerables modelos de democracia asamblearia puestos en práctica por distintas asociaciones y colectivos. Los nuevos cauces de la política afectiva abiertos por el movimiento 15-M han puesto en práctica algunas de las ideas de pensadores tales como Hardt y Negri. *Vid.* Hardt, Michael y Antonio Negri, *Multitud*, Barcelona, Debate, 2004.

de los ciudadanos suele crecer en importancia a medida que se constituye como algo condicionado, como una negociación en la que efectivamente sus demandas políticas se ven recogidas de forma efectiva. Ahora bien, no hay que olvidar que Crouch no se detiene a analizar si acaso una democracia radical no es incompatible con un sistema de mercado.

Como ya he dicho, a pesar de sus límites analíticos el modelo teórico de Crouch puede servir como punto de partida para analizar nuestro país. España, situada según *The Economist* en el puesto número 18 del ranking mundial³⁶, probablemente entró en la parábola descrita por Crouch en la última legislatura del Partido Socialista Obrero Español (PSOE), que acabó con lo que Powell ha bautizado como “la legislatura de la crispación”³⁷: 1993-1996. Ya al inicio de la campaña de 1993, un 51% de los españoles declaraba, según el Eurobarómetro, que “no tenían «ninguna influencia» en la agenda política de la clase dirigente”³⁸. El tema es de candente actualidad. Una encuesta hecha por el Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) de diciembre de 2010 revelaba que a causa de los últimos escándalos de corrupción en los partidos, estos son vistos por los españoles como la institución que menos confianza inspira, con un digno segundo puesto para “el Gobierno”³⁹. Veamos una serie de ejemplos y datos tan elocuentes como divertidos. El año pasado, la segunda cadena de televisión privada española se jactaba de contar con una copresentadora que, de presentarse a las próximas elecciones, se convertiría en la tercera fuerza política del Estado⁴⁰. Cargados de acidez, los titulares de la mañana siguiente anunciaban que la intención de voto superaría a Izquierda Unida y se colocaría en una posición clave como partido bisagra entre los dos grupos mayoritarios. En las pasadas elecciones autonómicas de Cataluña (noviembre de 2010), un partido (Coordinadora Reusenca Independent) encabezado por un conocido travesti que proponía “construir aeropuertos para los OVNI” obtuvo más del doble de votos que la lista catalana del partido encabezado por Rosa Díez, Unión Progreso y Democracia⁴¹. En las mismas elecciones, el voto en blanco alcanzó récords históricos (2,94%, frente al 2,02%) mientras que la participación se mantuvo baja, rondando el 60%⁴². El desánimo entre el electorado se deja ver semanalmente entre los columnistas de la prensa. Maruja Torres escribía con

³⁶ Me refiero a “Democracy index 2010. Democracy in retreat”. *Vid. supra* nota 1.

³⁷ Powell, Charles, *España en democracia, 1975-2000*, Barcelona, Plaza Janés, 2001, p. 519.

³⁸ El promedio europeo es de 39%. Montero, José Ramón et al., “Actitudes hacia la democracia...” *op. cit.*, p. 21.

³⁹ “Los ciudadanos no confían en los partidos, según el CIS” en *El País*, 10 de diciembre de 2010. Disponible en <http://elpais.com/diario/2010/12/10/espana/1291935615_850215.html> [Consultado el 1 mayo de 2011].

⁴⁰ El sondeo lo realizó la compañía Sigma Dos a petición de la cadena Telecinco. El porcentaje de votos sería del 7,9%. Para más datos y comentarios de personajes diversos: <<http://www.telecinco.es/salvame/detail/detail25223.html>> [Consultado el 15 de enero 2011]. La copresentadora es célebre entre otras cosas por haber sido la pareja de un popular torero español.

⁴¹ “Carmen de Mairena obtiene más votos que Rosa Díez” en *Público*, 29 de noviembre de 2010. Disponible <<http://www.publico.es/espana/349056/carmen-de-mairena-obtiene-mas-votos-que-rosa-diez>> [Consultado el 1 de marzo de 2012].

⁴² <<http://www.vozbcn.com/2010/11/28/44053/seguimiento-elecciones-28-noviembre/>> [Consultado el 23 de diciembre de 2010].

su brocha gorda en la tribuna de los domingos que “hace tiempo que no voto a favor de, sino en contra de”⁴³. La Comunidad Valenciana no sale mejor parada; el mismo mes en el que las elecciones catalanas tuvieron lugar, el columnista Josep Torrent escribía un artículo titulado “Política basura” en el que se marcaba una descripción antológica del panorama político valenciano:

“Una realidad que se construye como si fuera un programa del corazón en televisión, en el que las Cortes Valencianas, el propio Palau de la Generalitat y las distintas sedes del PP, se configuran como auténticos platós de televisión donde los líderes populares se esfuerzan en convertirse en émulos de Belén Esteban. La política, entendida como un programa de televisión basura, acaba por convertirse en un gallinero donde todos gritan, nadie entiende a nadie y las amenazas de querrela vuelan por los platós como justificantes de honores calderonianos mancillados (...)”⁴⁴.

Sin embargo, hemos de tener en cuenta algunas señas de identidad dentro del diagnóstico de la democracia posmodernizada. En el estudio de Montero, Torcal y Gunther hay dos fractales que considero relevantes. En primer lugar, España forma parte de la llamada tercera ola de democracia diseñada por Huntington⁴⁵. Esto significa, como ya he dicho anteriormente, que en la crisis del estado de bienestar de 1973 y la posterior vuelta hacia el neoliberalismo en economías capitales España todavía contaba con una dictadura. Los primeros síntomas de desgaste de la democracia en países de larga tradición coincidían en el tiempo con el arranque de la española, que sin embargo pronto se ha sumado al desánimo. En segundo lugar, el Estado español presenta un laboratorio político excepcionalmente rico. Desde la Transición la andadura política ha sido particularmente conflictiva: terrorismo, corrupción, problemas de continuidad política, desempleo, autonomías regionales, etc. Pese a todos estos problemas, ha sido mucho más sencillo para estos autores distinguir y valorar el vector *legitimidad* dado que al ser una democracia de la *tercera ola* cualquier comparación con su antecedente no-democrático basta como certificación moral, algo que no ocurre en otros países como Gran Bretaña, en los que la fatiga del sistema democrático tiene la tara de no contar con un contra-modelo. De hecho, la canción de Javier Krahe con la que iniciaba el presente artículo continúa su letra sobre la democracia diciendo(le) que: “(...) te toco poco últimamente, pero al fin: ahí está; mucho peor sería que te esfumaras (...) como antiguamente”⁴⁶.

⁴³ Torres, Maruja, “Pócimas para votar” en *El país semanal*, 16 de enero de 2011. Disponible en «http://elpais.com/diario/2010/11/21/eps/1290324407_850215.html» [Consultado el 1 de marzo de 2012].

⁴⁴ Torrent, Josep, “Política basura”, *El País*, 21 de noviembre de 2010. Disponible en «http://elpais.com/diario/2010/11/21/cvalenciana/1290370682_850215.html» [Consultado el 28 de mayo de 2011].

⁴⁵ Montero, José Ramón et al., “Actitudes hacia la...” *op. cit.*, p. 11.

⁴⁶ Krahe, Javier, *Toser y cantar*, *op. cit.*

3. Posdemocracia en el cine español

El cine español, como cualquier otro medio, ha sido uno de los vehículos de expresión en los que se han librado batallas políticas. Como artefacto ideológico, ofrece un relato repleto de símbolos y significados a un espectador que, no obstante, jamás los descifrará siguiendo un esquema prefijado. Ahora bien, dejando de lado las –sin duda importantísimas– teorías de la recepción, me interesa esbozar aquí la posibilidad de indagar en la exploración de un deseo político no cumplido, es decir, de una insatisfacción o desengaño político en el lenguaje cinematográfico de una España a las puertas del siglo XXI que ya ha asentado su sistema parlamentario⁴⁷.

El cine es un buen lugar donde indagar en la creación y la reproducción de una nueva gramática política. Uno de los ejemplos mejor estudiados nos lo da el propio proceso de la transición española, durante la cual el cine español pudo beneficiarse de una “progresiva ampliación de *lo decible*” siendo muy frecuentes en las tramas los referentes sociopolíticos⁴⁸. Uno de los mejores ejemplos de esta contestación estética es la versión cinematográfica de *Los santos inocentes* (1984), dirigida por Mario Camus. En *El Cine Español de la Democracia* el historiador J. M. Caparrós Lera realiza un estudio sobre el cine producido entre la muerte del dictador y el año 1989⁴⁹. En su recorrido por estos catorce años identifica tres fases. La primera estaría marcada según el profesor de la Universitat de Barcelona por un *revanchismo* en la medida que el cine español, si bien no quedaba totalmente exento de tabúes, sí se liberaba de las restricciones políticas y estéticas de las anteriores décadas. La segunda fase, iniciada aproximadamente en torno a la llegada de Felipe González a Moncloa, estuvo caracterizada por el auge de las narrativas sobre la guerra civil española y, en menor medida, con el surgimiento del cine catalán y vasco. Tras los ocho años de gobierno socialista, el panorama cinematográfico español es definido por Caparrós Lera como un cine de *desencanto*. De aceptar esta periodización, tendríamos que la película que examinaré aquí (*Atilano, presidente*) se encuentra precisamente en esta estela de descontento y desafección que se deja ver también en otros largometrajes, entre los cuales se encuentran dos de los filmes de Antonio Giménez Rico (*El disputado voto del Sr. Cayo*, de 1986 y *Soldadito español*, de 1988) o en el propio Luis García Berlanga con *Todos a la cárcel* (1993). Este último filme registra asimismo la adopción de convenciones comerciales de un director que no renunciaba sin embargo

⁴⁷ Para una excelente revisión sobre las diferentes teorías que, desde la teoría política y los *cultural studies*, se han acercado al cine como medio de comunicación susceptible de ser analizado como artefacto político, *vid.* Trenzado Romero, Manuel, “El cine desde la perspectiva de la ciencia política”, en *Reis: Revista española de investigaciones sociológicas*, 92 (2000), pp. 45-70.

⁴⁸ Ejemplo de ello son los trabajos de Trenzado Romero, Manuel, *Cultura de masas y cambio político: El cine español de la transición*, Madrid, CIS, 1999; y Hernández Ruiz, Javier y Pablo Pérez Ruiz, *Voces en la niebla, El cine durante la Transición española (1973-1982)*, Barcelona, Paidós, 2004. La cita es de este último, p. 4.

⁴⁹ Caparrós Lera, José María, *El cine español de la democracia. De la muerte de Franco al “cambio” socialista (1975-1989)*, Barcelona, Anthropos, 1992.

a su estilo personal ni a la crítica social dura de películas como *Plácido* (1961). Así las cosas, *Atilano, presidente*, dirigida por Santiago Aguilar y Luis Guridi, se estrena en una década en la que las referencias sociopolíticas del cine eran cada vez menos frecuentes y, lo que es más importante, menos mordaces. El cine español ha de competir durante estos años con un cine comercial importado de Estados Unidos, por lo que adopta ciertas fórmulas comerciales de la industria de Hollywood. Curiosamente, este periodo convive con lo que siguiendo a Crouch podríamos llamar la posdemocracia española. No por casualidad, en ese mismo 1998 en el que se estrena *Atilano, presidente*, Santiago Segura estrenaría la primera película de la saga *Torrente*, conocida por ser una sátira del antihéroe nacionalista español, homófobo, xenófobo y, en definitiva, toda una sarta de atributos que caracterizaban a la sociedad franquista.

Pasaré ahora a centrarme en la comedia a la que ya he hecho referencia: *Atilano, presidente* (1998), desde la óptica de las teorías de Crouch anteriormente expuestas. La película fue un desastre económico: con un presupuesto de 1 500 000 €, recaudó solo 257 565 €⁵⁰. Forma parte de una trilogía que pretendía satirizar la España democrática en homenaje al cine del célebre director español Luis García Berlanga. Con todo, hay que decir que las otras dos primeras películas tuvieron más éxito: *Justino, un asesino de la tercera edad* (1994), y *Matías, juez de línea* (1996). En la película se narra el ascenso de un personaje desconocido, Atilano, funcionario de nivel 12 de los servicios funerarios que se dedica a intentar adueñarse del contenido de las cuentas de los cadáveres que llegan a su negocio. La trama nos presenta de forma paralela a un grupo de personas, todos ellos vinculados a la banca privada, que conspiran para intervenir en los resultados electorales. Ante los problemas para determinar el rumbo de las elecciones, este lobby plantea una estrategia a dos bandas. Por un lado, siguen apoyando públicamente al partido del Gobierno, por el otro, y de forma secreta, planean formar un nuevo partido para, una vez recortada la diferencia entre el Gobierno y la principal oposición, vender los votos obtenidos con el nuevo partido a una oposición que estaría totalmente rendida a sus pies. Hasta aquí podemos ver la descripción ideal de los grupos de presión económica descritos por Crouch y Hermet.

Resulta interesante que durante la votación para establecer la hoja de ruta descrita, los asistentes no comuniquen su conformidad sino con una serie de gestos ambiguos (tosen, mueven los ojos, etc.). Es un claro gesto hacia la *política de bambalinas* que esquivo el proceso electoral al uso. Cabe advertir ya de entrada que la comedia está repleta de recursos manidos y desafortunados, como por ejemplo el recurso gratuito a la violencia para reflejar la corrupción dentro de la competencia entre candidatos. Ahora bien, tampoco sería justo decir que estamos ante una película sin ápice de inteligencia⁵¹. De hecho, hay algunos

⁵⁰ «<http://www.mundocine.net/Atilano-presidente-pelicula-34660.html>» [Consultado el 14 de enero de 2011]. La web de crítica cinematográfica Filmaffinity le suspende con un 4,1 sobre 10.

⁵¹ Todo lo contrario que *Dos rivales casi iguales* (Miguel Ángel Calvo Buttin, 2007), una película en la que dos gemelos se presentan a las elecciones por el Gobierno en un drama que pretende enlazar el

guiños históricos interesantes. Al recurrir a un jefe de marketing de baja popularidad, uno de los banqueros se queja: “¿Ortega? ¡Pero si Ortega es un desgraciado!” A lo que replica un compañero suyo: “Sí, pero al menos es nuestro desgraciado”, en clara analogía con la definición de Sadam Hussein por parte de Washington⁵².

Cuando los encargados de diseñar la nueva campaña electoral se encuentran con Atilano, que oficia un discurso fúnebre, descubren sus dotes políticas. El protagonista intentará hacerse con el dinero de la cuenta de uno de los asesinados por las intrigas políticas, por lo que se envían agentes en su busca. Al ser llevado ante los conspiradores, Atilano expone un discurso tan convincente que el director de marketing electoral les convence para presentarlo como candidato. Atilano se resiste: “No me interesa la política”, les informa. “A nosotros tampoco”, le responden⁵³. En efecto, las élites económicas solo estarían involucradas en la esfera política por interés personal. No obstante, el nuevo candidato se adapta bien y lo mira desde una perspectiva utilitarista, dándose cuenta de las enormes retribuciones económicas que conlleva seguir el juego. Inmediatamente, los amigos de Atilano se benefician de la influencia de este.

La campaña de Atilano se desarrolla exitosamente. Su programa incluye temas tan populares para el electorado como “clonar a aquellos presos que no puedan cumplir por edad sus penas, para que cumplan con la condena”; de hecho, su éxito es tal que desencadena una serie de fervor popular al dirigir a la ciudadanía con los bancos⁵⁴. Candidato por el PR (que ha sido Partido Reformista, Partido Renovador y Partido Radical “cuando a un publicista idiota no se le ocurrió otra cosa”), se enfrenta a un PC (Partido Conservador) cuyo lema es “para que nada cambie” y un “NO tienes NADA que perder”⁵⁵ cuyo líder – claramente una caricatura de Fraga– contesta a las preguntas de los periodistas repitiendo lo que sus asesores le soplan desde detrás. Se trata de una parábola de la cúpula política que ha intercambiado la militancia de base por una estructura privada que le ayuda a administrar con técnicas empresariales el mundo de la política. Como si el mundo de la política elitista esbozado por Weber hubiese alcanzado una dimensión mediada a través de los medios de comunicación.

Una de las metáforas recurrentes a lo largo de la película es la de los trileros. Se crea una abierta analogía entre estos juegos de manos y el ejercicio de la política. Consecuentemente, el engaño y el juego sucio están presentes a lo largo de toda la

pueblo, la familia y la política de forma tan políticamente correcta que cae en un desmesurado ejercicio pretendidamente gracioso que es imposible de defender. Con todo, la lectura política que de esta película (que se entiende mejor en cuanto que *remake* de una anterior y exitosa versión estadounidense) arroja conclusiones similares a las extraídas en este artículo a través de *Atilano, presidente*.

⁵² Aguilar, Santiago y Lui Guridi, (dirs.), *Atilano, presidente* (DVD), Madrid, Shangri-La Producciones Cinematográficas, 1998, min. 11.

⁵³ *Ibidem*, min. 22.

⁵⁴ Es necesaria una aclaración. No se cuestiona a la banca privada como tal, solo en tanto que los banqueros están detrás de la conspiración política. Si Atilano exhorta a los votantes a que ataque las sedes de los bancos es por su frustración ante la rapidez con la que estos vaciaban las cuentas de los difuntos antes de que él pudiera echarles mano. *Ibidem*, min. 37-40.

⁵⁵ En el cartel, las letras “no” y “nada” están en negrita.

campana electoral. Los distintos partidos se roban minutos en los debates televisivos (incluso pantalones), se fingen atentados terroristas, etc. Lo cual también muestra que los medios de comunicación tienen, en la posdemocracia que aparece en *Atilano, presidente*, un papel fundamental en las estratagemas de los políticos. Pero es que, además, Atilano demuestra un enorme desprecio por la política en todo momento. Ante un periodista que le pregunta sobre el desarrollo de la campaña, Atilano contesta: “Es un asco. Terminas besando a los niños en sitios públicos cuando preferirías estar besando a sus madres en algún rincón oscuro”⁵⁶. Finalmente, Atilano vence con un 95% de los votos sirviéndose de un discurso crítico con las instituciones financieras en un clima de tensión en el que hasta los niños atacan las sucursales bancarias con bombas de pintura. Sin embargo la violencia desatada durante el proceso convence a Atilano de que debe *volver* a fingir su muerte y retirarse de la carrera.

De este final abrupto podemos distinguir al menos dos conclusiones o, a decir de Henry A. Giroux, dos pedagogías públicas⁵⁷: por un parte, vemos que el ciudadano medio que se ve involucrado en la política rápidamente se adapta aprovechando cualquier posibilidad de extraer beneficio de ella. Es una lógica incuestionable que no admite otro tipo de alternativas (política vocacional en lugar de profesional, dedicación política como obligación moral, etc.). En segundo lugar, en un último acto de salvación moral, Atilano se retira. Eso sí, no queda inmune: pierde a su novia, que es asesinada por sus enemigos políticos. Es decir, la política aparece como una actividad por definición truculenta en la que la implicación personal acaba pasando factura a quienes se inmiscuyen en ella.

La película es una sátira más bien templada que renuncia al radicalismo extremo de la democracia llevada hasta la última consecuencia. Por supuesto, la simpleza de los planteamientos no agota la complejidad del ensayo de Crouch. No es esta su pretensión; en ella está presente, no obstante, buena parte de los cimientos de la crítica. Los dos rasgos principales que vemos en *Atilano, presidente* son, primero, la banalización de los servicios públicos (y de la política, por extensión) y, segundo, las estrategias de marketing de los grupos parlamentarios. En este último aspecto la sátira es incluso inteligente. Los nombres de los partidos están invertidos⁵⁸, señalando la irrelevancia del color político de las formaciones políticas. La película nos permite ver, por tanto, los síntomas de una posdemocracia con bastante claridad. Aunque no aparezca el problema de la globalización, queda claro cuál es el principal obstáculo que interfiere en el libre desarrollo de la política: el interés privado. La película articula con bastante idoneidad la crisis de la Cultura de Transición, problematiza la cohesión, denuncia el surgimiento del

⁵⁶ Aguilar, Santiago y Guridi, Luis (dirs.), *Atilano...*, *op. cit.*, min. 55.

⁵⁷ Giroux define a las pedagogías públicas como dispositivos de creación de significado, opinión, identidad y experiencia. Giroux, Henry A., *Cine y entretenimiento...* *op. cit.*, p. 19.

⁵⁸ El PC, partido conservador es fonéticamente *peceé*, pero en la película es pronunciado alargando la última vocal: *peceé* (PCE: Partido Comunista Español). El PP, partido progresista, hace referencia claramente al Partido Popular de, por aquel entonces, José María Aznar.

entertainment democrático, la *estetización* de una política que lastrada por la norma, por la rigidez de los contornos que definen qué es y qué no es político, ha desalojado de lo cotidiano la afección necesaria para significar, para afectar la acción política⁵⁹.

4. A modo de conclusión

“Cuando un ciudadano tira una piedra contra un banco, lo está arrojando clarísimamente
contra los mismos cimientos del sistema”

Atilano, *Atilano, presidente*⁶⁰

Como hemos visto, el nuevo horizonte socioeconómico parece imposibilitar la ampliación y renovación de la democracia; en el mundo globalizado pierde parte de sus cualidades y se vuelve menos capaz de organizar la vida colectiva. Es decir, se debilita, queda vacía de contenido. Al mismo tiempo, las democracias modernas se autojustifican en tanto que son racionales y satisfacen a unos ciudadanos que no parecen poder imaginar algo mejor. Se da aquí la paradoja diseñada por Žižek del exceso constitutivo de la representación sobre lo representado⁶¹. El filósofo esloveno denuncia que, en la retórica actual, una democracia y unos derechos humanos de baja latencia son el pretexto último para cualquier objetivo político. El objetivo de este trabajo ha sido señalar la validez de este enfoque para explicar la desafección con respecto a la política formal por parte de la población española. Al emplear un documento audiovisual se ha querido subrayar el importante papel que los medios juegan en la *posdemocracia*. Con todo, como advierte Crouch, no hay por qué matar al mensajero. Aunque es el poder económico organizado en enormes grupos de intereses quien firma las noticias con las que desayunamos; fenómeno que Dahrendorf ha tildado de “efecto CNN”, los espectadores continúan reinterpretando, escapando al control absoluto de la industria de la información⁶².

Las lógicas exteriores de la globalización económica, las leyes y decisiones importantes que vienen de la ONU, del FMI, del Banco Mundial o de la Unión Europea han arrinconado a un Estado de bienestar que necesita de un impulso desde abajo, desde la población; no para renovar el pacto social, sino para reactivar la interacción de los ciudadanos en un espacio de decisión en el que poder deliberar. Ya he apuntado hacia la posibilidad de la democracia directa a través de las nuevas tecnologías, pero no hay que olvidar que cualquier resistencia lo que aquí hemos denominado *posdemocracia* ha de basarse en la lentitud y, sobre todo, en la solidaridad horizontal, lógicas ajenas al

⁵⁹ Fernández-Savater, Amador, “El arte de esfumarse, crisis e implosión de la cultura consensual en España” en *Estado Mental*, 1 (2011).

⁶⁰ Aguilar, Santiago y Luis Guridi, (dirs.), *Atilano...*, *op. cit.*, min. 67-68.

⁶¹ Žižek, Slavoj, *La suspensión política de la ética*, Buenos Aires, FCE, 2005, p. 99.

⁶² Dahrendorf, Ralf *Después de la...* *op. cit.*, pp. 96-98.

mercado. Quizás merezca la pena explorar este campo, aunque concuerdo con Jáuregui cuando afirma que la idea de que este tipo de sistemas necesitan al mismo tiempo una reducción de las adscripciones regionales⁶³. Una vuelta al municipio en tanto que núcleo de la política no para reformular una comunidad socialmente homogénea, sino para reforzar los órganos intermedios, los eslabones de la cadena política que se han perdido a lo largo de la parábola posdemocrática. Debemos atrevernos a responder la siguiente cuestión: ¿Qué es más importante: la mejora de la eficiencia todo riesgo, o la consecución de los objetivos? De no actuar, estaremos dando la razón a un Gustavo Bueno cuando afirma en su ensayo *Telebasura y democracia* que “que cada pueblo tiene la televisión que se merece”⁶⁴.

⁶³ Jáuregui, Ramón, *La democracia... op. cit.* p. 216.

⁶⁴ Bueno, Gustavo, *Telebasura y democracia*, Madrid, Ediciones B, 2002, p. 194.